

# II CERTAMEN DE POESÍA Y RELATO CORTO “EL RINCÓN DE ARTE HAIKU-SAN” EN HOMENAJE A AMBROSIO LÓPEZ DOMINGUEZ

Junio 2015

## MODALIDAD DE POESÍA

*Primer premio al poema titulado “Cesar Borgia” de Guillermo Arróniz de Madrid:*

La mano que sostiene el frío acero,  
los pies que se sostienen en la nada,  
el rojo desafío en la mirada...  
el cuerpo tan desnudo como fiero.

Tan largo y fuerte, bello y verdadero  
que verlo en su esplendor es estacada  
que deja al alma mal enamorada  
del negro desazón del avispero.

Belleza y crueldad en armonía:  
sus miembros y su astucia combinados  
velada de pasión y ardor de día.

¡Oh filtros de placer envenenados!  
La noche en que aprendí que él existía,  
¿qué espasmos embriagaban a los hados?

*Segundo finalista al poema titulado: “Trece pólenes” de José Pejo Vernil  
de Torrejón del Rey (Guadalajara):*

I

Fotolenguaje:

Sale un “clic” con la lengua  
entre los dientes

II

Tengo sus ojos  
Con sus cuencas vacías  
me mira a tientas

III

Reposa blanco  
(con su negro discurso)  
el esqueleto

IV

Entre las ramas  
del ciprés hay un viento  
con capa y trepa

V

Del falso nido  
salta con dos muletas  
el terco pájaro

VI

Rompe con música  
de oro un Van Gogh vecino  
las porcelanas

VII

¡Un hueso!, dice  
un fraile, y otro fraile  
dice: ¡otro hueso!

VIII

En la pecera  
el pez llora en silencio  
Nadie lo sabe

IX

Todos los llantos  
se le han puesto de pie  
en el pañuelo

X

Si miro arriba  
llueve y llueve, y si miro  
abajo, llueve

XI

¿Chilla la tierra  
bajo el pie? ¡No! ¡Es la huella!  
¿O es el zapato?

XII

Tormenta en vilo  
Un rayo arroja un trueno  
a carcajadas

XIII

Cae la sopa  
En el plato hay un niño  
y una cuchara

*Tercer finalista al poema titulado “Purgatorio” de Juan Manuel López de Madrid:*

Oh bravo y dulce fuego de amor, nave de locos a la deriva  
que mi historia iluminan, desesperada y firme;  
despiadado fin y principio del espanto, trampantojo informe;  
violencia eres de mi sueño y de los mundos de este mundo,  
pero luz de los tontos.

Libro sellado de augurios y de acrósticos  
con que engañé el sentido; umbral que he de cruzar,  
como Sísifo idiota, una y mil veces mil, oh dulce y bravo fuego  
de amor, atajo a los infiernos.

Proclamo a las montañas y a los ríos:  
no han visto la gloria mis ojos de tu adviento. Llamaste y no te oí.  
Quería estar, pero no estaba en casa.

Pasó junto a mi puerta. Sangró mi corazón.

Ve y dile a los desnudos y a los muertos:  
jamás hubo derrota sino la del ángel de luz,  
huérfano que fue de su nombre, y la del alma, concupiscente.

Hay sed y hambre de ti  
en los ejércitos vencidos. Quien por ti se humillare  
será humillado: no de otro modo pagas tú a tu siervo, oh bravo y dulce  
fuego de amor, cepo de la razón.

Lloran sin ver mis ojos la gloria de este adviento.

Pues gloria son y gozo envenenado tus agüeros.

Ven, torna, fuego humano, en fe mis ordalías.

Sé tumba y epitafio, sé sol de mi universo.

Sé cauce de la amnesia y yo seré tu dios cuando me mueras y se incumpla  
cuanto por ti iba a estar escrito.

Ven, así, dulce fuego de amor, ven, y no vengas,  
como suelen venir las circunstancias mismas.

No supe estar, no estuve en casa;

pasó junto a mi puerta; sangró mi corazón.

*Mención de honor al participante más joven, al poema titulado: “Del corazón y del perdón, brotan la vida y el amor” de Álvaro Ingelmo de Madrid.*

Si puedes dar perdón  
Sin que te importe lo que te han hecho,  
Y sin tomártelo tan “a pecho”  
Y no guardar rencor....  
Si consigues tener humildad  
Y con valentía aceptar tus errores,  
Aunque tengas temores,  
Y no te creas “el que más....”

Si puedes enfrentarte al miedo de la verdad,  
Aunque sea dolorosa,  
Y aunque traiga “mala cosa”,  
Ser sincero de verdad....

Si compartes todos tus tesoros,  
Aunque sean de plata o de oro,  
Y no hacerlo por obligación,  
Si no porque quieres hacer otro tesoro...

Si puedes amarte a ti,  
Sin pensar en tus defectos,  
Y si puedes reír,  
Cuando te creías perfecto....

Si puedes enfrentarte  
A las cosas que te hacen daño  
Por muy doloroso que sea el amargo  
Y ser valiente y no lamentarte....

Si puedes con templanza  
Aguantar las cosas que te amargan,  
Y decírselo a la cara,  
Con respeto y sin mala gana....

Si consigues creer,  
En las cosas que te gustan,  
Y eliminar el “imposible” de tu boca,  
Y dejar a un lado la amargura....

Si tienes un corazón puro,  
Y haces del amor tu meta,  
Te ganarás a todo el mundo,  
Y tuya será la tierra.

De tu perdón, saldrán flores,  
De tu corazón, grandes riquezas,  
Y por todo ello,  
Tendrás una vida plena.

## MODALIDAD DE RELATO CORTO

*Primer premio al relato titulado “Por mucho que corras” de María I. Escribano de Murcia:*

El joven aceptó el reto sin pensarlo dos veces. No parecía complicado: entrar en el edificio, que a esas horas de la noche estaba desierto, colarse en el ascensor y garabatear cualquier mensaje en sus paredes metálicas. No importaba lo que escribiera, podía ser una declaración de amor, una amenaza, un poema... Lo importante era el acto en sí, vandalismo en estado puro. Aquella hazaña formaba parte del rito de iniciación que le convertiría en un miembro más de *The wild boys*, un grupo de quinceañeros del instituto que se dedicaba a hacer gamberradas y grabarlas para después colgarlas en Internet. El objetivo no era otro que divertirse, experimentar emociones, cuanto más arriesgadas mejor, y reírse mucho. Simple.

Introducirse en el zaguán del edificio fue fácil. Era uno de esos edificios modernos, de amplios espacios, suelos brillantes y forrados de espejos. Había elegido ese edificio en concreto porque, a pesar de su hiriente y delatora luminosidad —la oscuridad inicial desaparecía cuando los focos se encendían al detectar cualquier tipo de movimiento— no había cámaras de seguridad, con lo que el iniciado podría trabajar con cierta tranquilidad. El ascensor, al fondo del interminable vestíbulo, le aguardaba con los brazos abiertos, feliz de que la inesperada visita le sacara de la soledad y el aburrimiento nocturnos. El iniciado entró y pulsó el botón del último piso asegurándose así el tiempo necesario para cumplir su cometido. Después estudió el espacio con rapidez y eligió el mejor sitio para dejar su huella: el gran espejo que cubría la pared frontal del ascensor. Sería en letras grandes y con un rotulador indeleble, lo que garantizaría una vida larga e impecable a su obra. Había dado con el mensaje perfecto la noche anterior. Su hermana se había empeñado en ver una película infumable porque salía un tío buenísimo que a él le parecía un flojeras atiborrado de esteroides. La película era más bien mala, pero la frase le pareció estupenda para la misión encomendada. Sacó del bolsillo del pantalón el rotulador y comenzó a escribir: “esta noche no podrás librarte de mí, por mucho que corras”. Apenas había terminado de escribirla cuando llegó al último piso. Pensó en hacer el descenso por las escaleras, por si algún vecino le sorprendía

saliendo de él, pero eran cerca de las dos de la noche y había pocas posibilidades de que eso sucediera, además, siempre podría recurrir a su cara de chico bueno en caso de encontrarse con alguien. La proeza había quedado grabada en el móvil, pero deseaba también sacar alguna foto y enviarla esa misma noche a sus amigos para dar por terminado cuanto antes el rito de iniciación. Llegó a la planta baja con la memoria de su móvil de última generación cargada de *selfies*, y abandonó rápidamente el edificio para perderse en la oscuridad de la noche orgulloso de lo que había conseguido.

La familia Martínez Soler no se cruzó con el joven iniciado por escasos minutos. Regresaban de casa de unos amigos que vivían a pocas manzanas. La señora Martínez Soler iba algo rezagada porque los zapatos de tacón habían empezado a destrozar sus pies casi desde que saliera de casa. El señor Martínez Soler cargaba con el pequeño Juan en brazos, un niño listo y simpático que acababa de aprender a leer y se empeñaba en poner en práctica su nueva habilidad con todo aquello que cayera en sus manos y estuviera adornado con letras. El matrimonio se hubiera quedado con mucho gusto algo más de tiempo en casa de sus amigos, pero Esteban, guarda de seguridad, entraba a trabajar esa misma noche a las tres en punto y todavía debía cambiarse de ropa, prepararse un termo con café y algo de comida para soportar mejor el turno de noche.

Entraron en el edificio tratando de hacer el menor ruido posible para no despertar a Juan. Caminaron rápidamente en dirección al ascensor y cuando se abrieron las puertas lo primero que vieron fue el mensaje del espejo. Marido y mujer se miraron unos segundos y censuraron en voz alta la acción vandálica. Fue en ese instante, alarmado por las voces de sus padres, cuando Juan abrió los ojos y observó con detenimiento la frase del espejo. Qué magníficas posibilidades ofrece el lenguaje: uno es libre de comunicar un mensaje pero siempre queda expuesto a las interpretaciones de los otros. De eso no sería consciente el joven iniciado, que cumplió su misión con el único objetivo de divertirse, sin imaginar las consecuencias de aquellas once palabras para sus destinatarios.

Esteban Martínez Soler, que llevaba diez años de vigilante en un polígono industrial de las afueras de la ciudad, estaba acostumbrado a encontrarse con gente de muy mal porvenir, sobre todo camellos que buscaban la complicidad de aquellas zonas periféricas para comprar la mercancía que distribuirían en las siguientes horas entre los jóvenes



pudientes que buscaran emociones fuertes. En alguna ocasión había llamado a la policía y esa falta de discreción le había valido alguna amenaza. La noche anterior sin ir más lejos, un traficante de los gordos le había instado a no aparecer por allí en unos cuantos días si no quería tener problemas. Esteban era un tipo que huía de los conflictos y por eso había hecho lo imposible por cambiar el turno con un compañero, pero todo esfuerzo había sido en vano. Al ver la nota en el ascensor, un sudor frío le recorrió la espalda: “esta noche no podrás librarte de mí, por mucho que corras”. Y, en efecto, aquella noche iría a trabajar con el miedo metido en el cuerpo y con el revólver calibre 38 especial, de cuatro pulgadas, bien a mano por si las moscas.

La señora Martínez Soler leyó el mensaje del espejo y un fuerte deseo se apoderó de ella. Trabajaba como dependienta en unos grandes almacenes y todos los días, antes de regresar a casa, acudía fiel al gimnasio que había a dos manzanas de su casa. Allí había intimado más de lo conveniente con su monitor de yoga, y cuando Esteban tenía turno de noche aprovechaban para realizar otro tipo de estiramientos en la habitación conyugal. “Esta noche no podrás librarte de mí, por mucho que corras”. La señora Martínez Soler pensó que su monitor había arriesgado demasiado al dejar aquel mensaje en el ascensor, pero reconoció para sí que le había gustado y que aquella noche pondría en práctica algunas de sus fantasías eróticas más ocultas.

El pequeño Juan quedó impresionado por aquellas palabras. Tuvo que leerlas varias veces para asegurarse de haber comprendido su significado. No era un niño miedoso y no solía dejarse impresionar por las historias que algunos de sus compañeros contaban en el colegio. La última de ellas tenía como protagonista a un horrible ser de dientes afilados y garras en vez de dedos que acudían por las noches a devorar a los niños mientras estos dormían. No era nada nuevo para él, muchas de esas historias tenían como protagonistas a monstruos con un perfil similar y el final siempre era igual de trágico para los niños. Sin embargo, en aquella ocasión el mensaje del espejo no dejaba lugar a dudas: “esta noche no podrás librarte de mí, por mucho que corras”. La noche sería larga si debía permanecer despierto para evitar ser devorado por aquel horrible monstruo.

El monitor de yoga entró en el edificio a las tres menos cuarto de la noche. Estuvo esperando oculto tras un vehículo a que Esteban Martínez Soler abandonara la calle en

su Peugeot 206. Una vez dentro del ascensor y leído el mensaje, el miedo se apoderó de él. “Esta noche no podrás librarte de mí, por mucho que corras”. Era obvio que el marido de su amante los había descubierto y que si lo había visto alejarse en coche solo se debía a que más tarde acudiría al piso para pillarlos en plena faena y darle una buena paliza. Él estaba en forma y tal vez podría defenderse pero, pensándolo bien, enfrentarse a un guarda de seguridad, probablemente armado y cegado por la injuria, le ponía en una gran desventaja. Pulsó el botón de apertura de puertas y abandonó el edificio a toda prisa ignorando dos cosas: que todo aquello era producto de la fechoría de unos adolescentes, y que su amante yacía en la cama con otro: un niño de seis años atemorizado por una amenaza fantasma.

*Segundo finalista al relato titulado: “El legado de los Corvejón” de Julio Prieto Mendo de Gijón (Asturias):*

## **ANTECEDENTES FAMILIARES**

Que Narciso Corvejón era un gafe absoluto lo sabía todo el mundo. Lo que casi todos ignoraban era que se trataba de una “herencia familiar” transmitida de generación en generación desde los tiempos del General Prim. Así consta en los Anales de la familia Corvejón. Sólo Narciso pensaba lo contrario. En realidad se consideraba un tipo afortunado.

Un antepasado suyo, Edelmiro Corvejón Bracero, había sido un activo anarquista: la flor y nata de la familia. En los preparativos de un atentado contra el General, sufrió un despiste y prendió la mecha antes de tiempo. Sus compañeros liaban en ese momento un caldo. Fue el último. Su fe por la causa fue la causa de la pérdida total de la fe...y de los dos brazos. Desde entonces se dedicó a purgar su pecado andando errante de procesión en procesión, Semana Santa o no, por todos los pueblos de España. Era todo un espectáculo verle llevar el cirio en la boca. Pero su fama le precedía, y en un pueblo de Córdoba tuvo que salir por piernas después de prenderle fuego, de manera involuntaria, al Paso del Cristo de los Pobres.

Su bisabuelo, Casimiro Corvejón de Enmedio, apagó todos sus delirios de grandeza al embarcar para Cuba, donde se había alistado como voluntario, en el puerto de Cádiz. Era el último de su Compañía en subir por la rampa de acceso. Un cordón de la bota mal atado, el peso del macuto...y cayó, pesado, como un fardo.

-Hombre al agua- gritaron. Inútil premonición. Sus deseos de regresar a España convertido en un héroe terminaron sobre el duro cemento del malecón. Ni siquiera llegar a tocar el agua. ¡Honor y gloria al marino de la saga!

Según Exuperio Testaferro, abogado de profesión, de devoción heráldico, y exégeta de la familia Corvejón, el “legado” se había transmitido rigurosamente de padres a hijos, desde mucho antes de los tiempos de Don Edelmiro. A demostrarlo estaba dedicado en cuerpo y alma. Lo que sí había podido confirmar era que la “herencia” sólo afectaba al primogénito varón. Nunca esta “gracia” alcanzó a mujer alguna, si exceptuamos a Palmira Corvejón Mayor. Pero tenía su explicación: era la hermana gemela de Nemesio.

Este había muerto ahogado con su chupete a los trece meses, un aciago día de febrero, martes y trece, para más señas. Su madre, D<sup>a</sup> Clotilde, no quiso deshacerse de tamaño recuerdo, y en él mamó Palmirita los efluvios del hermano.

Enterado de las gestas sin par de esta honorable familia, contacté con Exuperio Testaferro a fin de conseguir información para mi historia. En el despacho de su mansión, rodeado de escudos de armas por doquier, el ama de llaves nos sirvió una merienda de las de antes: chocolate a la española con un buen pedazo de mojiçón. Una vez entrados en materia, me contó la historia de Narciso, de la que sólo soy un mero transmisor. Ahí va.

## **NARCISO**

Cuando Narciso Corvejón Bueno se levantó aquella mañana lo primero que hizo fue, inveterada costumbre, mirar el calendario que tenía en el cuarto de baño: martes y trece. Hermoso día- musitó, primero con beatífica sonrisa, luego con estridente carcajada:

-Gafes a mí, a Narciso, ja, ja, ja...Esto se acabó, queridos ancestros. Es historia.

El ingente bulto que yacía en la cama no se inmutó. Josefina, su esposa, había sido elegida con toda minuciosidad. Además de sordomuda era estéril. No sólo se ahorra toda discusión matrimonial, sino que había cortado de cuajo toda posibilidad de transmitir el famoso legado. Era el primer primogénito de la saga que rompía la tradición y se había asegurado de que lo fuese de forma definitiva. Todo estaba atado y bien atado.

Narciso la contempló con enorme satisfacción: duerme, gacela mía- le gritó. Ella no se movió. Acto seguido se metió en la ducha. Cuando salió lo hizo con el pie izquierdo.

Tras afeitarse y vestirse se puso su mejor corbata, amarilla, regalo de su padre y desafiando todas las supersticiones familiares, llegó a la calle. Tenía importantes asuntos que resolver: cobrar un décimo de lotería premiado y la posible devolución de los últimos cinco años del IRPF que Hacienda le devolvía, injustificadamente por, parece ser, extravío del expediente. Era un tipo con suerte. No cabía ninguna duda.

Al traspasar el portal pasó, ex profeso, bajo la escalera del empleado de teléfonos, pisó intencionadamente un trozo de espejo que había en el suelo y le arreó una monumental

patada al gato negro de la portera que se cruzó en su camino. El felino dio varias vueltas en el aire y cayó sobre sus cuatro patas. Se le erizó el pelo y asomaron sus uñas mientras maullaba desafiante, pero al encontrarse con la mirada de Narciso, bajó su cola y pasó sumiso entre sus piernas. Narciso sonrió y con gesto triunfante prosiguió su camino.

Se detuvo un instante en el kiosco de la Once para comprar un billete entero del 00013 y se negó, despectivamente, a pasarlo por la espalda del jorobado que le solicitaba veinte duros por el favor. ¡Como si lo necesitase!

Una vez cobrado el décimo de lotería e ingresarlo en el banco se detuvo para llamar a su secretaria. En la cabina encontró una tarjeta telefónica de 1.000 ptas., olvidada por algún incauto. Acto seguido se encaminó a la Delegación de Hacienda. En la puerta de detuvo un instante para mirar su reloj de oro: las 13,13h. Magnífico- exclamó. La mañana era radiante y el sol brillaba en todo su esplendor. Adelantó su pierna izquierda y avanzó con paso firme y seguro, mientras sonreía recordando el nombre de la calle, Guzmán el Bueno. Realmente era un tipo con suerte. ¿Qué podía temer?

Mientras subía en el ascensor recordó que su mujer, Josefina, tenía cita con el ginecólogo, acompañada de madre y suegra. Estaban seriamente preocupadas. Habían transcurrido cinco años de matrimonio y no había indicio alguno de embarazo. La alarma había cundido en toda la familia. La sorpresa iba a ser mayúscula. Años atrás, una apendicitis y la permuta del expediente médico con la compañera de habitación, terminó en ligadura de trompas. ¡Tremendo! Narciso soltó una carcajada y se felicitó de su buena suerte.

En la antesala del despacho preguntó por el inspector, Excelso Botín. Una vez dentro le espetó a bocajarro un sonoro ¡buenos días! que no solo lo despertó de su éxtasis burocrático sino que le hizo derramar el tintero en el que se afanaba en recargar su estilográfica. Narciso palideció. Un chorro de negra tinta no podía emborronar su magnífico historial. Se recuperó rápidamente al ver los resultados: la última prueba palpable de su expediente había quedado inservible y al ínclito Botín no le quedó más remedio que, con su “excelsa” pluma, firmar el finiquito y la devolución de impuestos que ascendían a la nada despreciable suma de trece millones de pesetas. Un éxito más en la carrera de Narciso Corvejón.

## NEGROS NUBARRONES

Cuando Narciso alcanzó la calle el día había cambiado radicalmente. Negros nubarrones cubrían el cielo. Mientras contemplaba el “hermoso” día no vio al mensajero motorizado que se le vino encima, golpeándole y tirando su persona y sus gafas al suelo. Se levantó pero no tuvo tiempo de agacharse a recogerlas: el número de la Policía Nacional que hacía guardia a la entrada las pisoteó inmisericordemente. No le dio mayor importancia. Era un hombre previsor. Sacó del bolsillo interior de su chaqueta otro juego y se las colocó como si nada hubiese ocurrido. Recordó el lema de su blasón: “Contra la adversa fortuna, previsión”. Sonrió y prosiguió su camino.

Para celebrar su reciente éxito entró en una cafetería, pidió café con tostadas y se sentó junto al ventanal. Le gustaba observar a la gente. Todos los viandantes le parecían seres apocados, inanimados. No eran como él. Desdichados -pensó-. Lleváis la vida que os merecéis.

El camarero se le acercó y en el momento en que depositaba el café sobre la mesa un estornudo considerable empañó su buen hacer. El resultado fue catastrófico: el contenido de la taza cayó sobre el varonil pecho de Narciso, abrasándolo y dejando la camisa y la paterna corbata en un estado tan lamentable como su cara.

No vamos a transcribir, por respeto a los lectores, los exabruptos que salieron de la boca de nuestro protagonista. Baste como reseña que faltó muy poco para llegar a las manos. Haciendo acopio de su entereza se sobrepuso y pidió otro café.

Al tiempo que estos acontecimientos se desarrollaban, integrantes de la familia Corvejón de toda España, profundamente preocupados, agobiados- diría yo-, se afanaban en profunda oración para reclamar del Cielo el fin de tan funesta desgracia. No se escatimaron gastos en misas, rosarios y novenas. Era necesario evitar, a toda costa, que Narciso destruyera el legado. La movilización fue total. Nadie escurrió el bulto. Todo era poco con tal de lograr la Misericordia Divina. La vergüenza, el deshonor y el oprobio se habían asentado en la familia por causa de Narciso. El legado de los Corvejón estaba en peligro. Se duplicaron los rezos y, a fe que fueron escuchados.

Terminado el tentempié Narciso salió de la cafetería sin pagar, naturalmente, y olvidando el incidente se encaminó a su casa sin dilación para cambiarse. Lo mejor era olvidar cuanto antes los últimos acontecimientos. Eso pensó él, pero algo había

comenzado a cambiar. Tarde pero de manera contundente. Se puso un impecable terno de color negro y tras mirarse con detenimiento en el espejo cerró la puerta y su futuro.

## **EL PATRIARCA**

No lejos de allí, y ajeno a todo lo que sucedía, un anciano se revolvía en su silla de ruedas. La hacía girar constantemente de un sitio a otro dentro de la inmensa estancia que era su salón privado. De vez en cuando, a sus gritos, aparecía un mayordomo filipino que le atendía solícito y que se retiraba murmurando, a saber si en tagalo o en arameo.

La habitación era enorme. Paredes y estanterías estaban cubiertas de recuerdos y gestas familiares. Esto no se apercibía fácilmente ya que, a pesar de la hora, la luz era tenue. Don Pancracio había ordenado correr las cortinas porque no soportaba tanta luz y los nervios le devoraban. Esperaba, impaciente, noticias que no acababan de llegar. Maldecía su mala suerte con el hijo. ¿Cómo podía ocurrirle esto a él que había sido modelo de gafe para todos sus hijos, y nietos? Narciso, su primogénito, no podía hacerle semejante afrenta. Sus ancestros estarían revolviéndose en sus panteones ante tamaña desgracia, y él no podía permitir que esta situación se prolongase un solo día más. El legado, tan celosamente trabajado, guardado y transmitido de generación en generación no podía acabar de esta forma. Aún desconocía de qué modo se estaban desarrollando los acontecimientos.

De repente sonó una campanada en el carrillón. Soltó un exabrupto. No podía comprender cómo aquel maldito trasto daba siempre la misma hora. Debía de llevar al menos dos horas en la habitación y en todo ese tiempo había escuchado una sola campanada cuatro veces seguidas. Entreabrió la cortina y un rayo de luz iluminó el reloj de pared estratégicamente situado: las 13,30h. Tras unos instantes lo comprendió: al entrar en la habitación sólo tuvo tiempo de escuchar la última campanada de las 12,00h. Intentó calmarse acomodándose en la silla. Lo último que vio del reloj al volver a cerrar la cortina fue la leyenda que había en su parte superior: “Tempus fugit”. Tempus et legatus, -masculló.

## **LA VORÁGINE**

Narciso salió de casa con paso firme y seguro. Miró, como hacía siempre, al cielo. Allá arriba las Parcas continuaban hilando su destino. Átropos aguardaba, tijera en mano, el momento fatal de cortar el hilo.

En la puerta del banco se detuvo de nuevo a observar los negros nubarrones que se cernían sobre su cabeza. Se disponía a ingresar el finiquito de Hacienda. Todo era perfecto. Apenas hubo dado unos pasos cuando, de repente, se vio envuelto en la vorágine. Acababa de producirse un atraco en la entidad. Los atracadores huían atropelladamente con el botín. Tras ellos, el guardia de seguridad, arma en mano. De repente sonó un disparo como un cañón. Luego, varios más y el chirriar de frenos de un coche que arrancaba y se perdía a toda velocidad. Carreras, gritos, sirenas y el caos más absoluto. Narciso no tuvo tiempo de reaccionar. Sencillamente estaba en el lugar adecuado y en el momento justo. O al revés. El impacto de la recortada lo lanzó contra la valla de una obra cercana y se desplomó sobre el charco de agua de las mezclas.

Hizo un esfuerzo supremo por incorporarse pero todo fue inútil. Pudo ver su rostro reflejado en el agua sucia y recordó a su mitológico homónimo: -Narciso, eres muy guapo, pero hoy no es tu día. No dijo más.

## **PURITA BUENAHORA**

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban, en otro extremo de la ciudad Purita Buenahora bajaba las escaleras del metro de Esperanza. Estaba radiante aunque se esforzaba por disimularlo. Para complacer al viejo patriarca había cambiado su clásica indumentaria de flores por un traje de chaqueta gris, más acorde a la ocasión. No había escatimado en gastos. Conocía la generosidad de Don Pancrancio y se relamía pensando en los pingües beneficios que iba a obtener: una jugosa indemnización, amén de un apartamento nuevo y céntrico y un trabajo fácil y bien remunerado. Ella había cumplido su parte y esperaba lo mismo de la otra.

En el portal de la casa se estiró la chaqueta y recolocó su pelo con coquetería. Subió pausadamente las escaleras y se detuvo antes de llamar. Extrajo un sobre grande del bolso y lo besó efusivamente.



El mayordomo la hizo pasar. Don Pancracio la esperaba impaciente con los nervios a flor de piel. Abrió la cortina y pudo ver su cara de satisfacción, pero no dijo palabra. Alargó el brazo y ella le entregó el sobre. Con mano temblorosa lo abrió y, tras unos segundos de silenciosa tensión, soltó una sonora carcajada.

Sin dilación tomó un sobre que tenía sobre la mesa y se lo entregó. En su interior, el nuevo contrato de trabajo, la escritura del piso y un cheque nominativo por trece millones de pesetas. –Estaremos en contacto-, dijo, y la despidió.

Mandó descorchar la botella de Dom Perignon que enfriaba en una cubitera de plata sobre su mesa. Llenó su copa y alzándola hacia el retrato de Don Edelmiro la apuró de un trago. Después la llenó de nuevo y, esta vez, la bebió pausadamente, con delectación. Acto seguido la estrelló contra la chimenea. El fuego crepitó dejando ver una sonrisa de triunfo en su cara.

Ordenó salir al mayordomo. Volvió a cerrar la cortina y quedó en silencio celebrando su suerte y la maestría de su jugada. Purita estaba embarazada; de Narciso. La ecografía demostraba de modo fehaciente que era varón. Las aguas volvían a su cauce. El Legado de los Corvejón estaba a salvo.

*Tercer finalista al relato titulado “Biblioteca de ausencias” de Gustavo Claudio de Buenos Aires (Argentina):*

Logró un escondite adecuado desmontando un panel de madera que cubría un agujero rectangular, en el que otrora luciera uno de los primeros equipos de aire acondicionado que se importaron en aquella década. La biblioteca de hoy se vivía confortable por otros métodos que ni siquiera cuestionaba. Los años lo habían encogido de tal manera que no le resultaba muy incómodo alojarse en ese hueco durante el día. Por fuera estaba protegido por un chapón oxidado que lo separaba de tantos metros de vacío e intemperie. En los días de lluvia tiritaba sin hacer ruido y se alargaban las horas de espera. Durante el verano rezaba por alguna nube salvadora que lo rescatara del infierno.

No recordaba la última vez que lloró y de vez en cuando sentía hambre. Cuando se retiraba el último empleado, se tomaba un buen rato para desentumecerse. La sangre remontaba autopistas ignoradas por horas de inmovilidad. Había conseguido una rutina mínima que le ocupaba gran parte del resto de la tarde. El baño prolijo con agua fría, la recorrida por los pasillos del primer piso, las escaleras hacia los depósitos para espantar palomas y exterminar algún insecto que quisiera alimentarse de los libros. Su lucha estaba perdida de antemano pero aún faltaban muchas horas para la mañana.

Esperaba el sábado como todo el mundo, pero todo el mundo desconocía su meticulosa parsimonia de muchas horas de encierro en su propia jaula de libros. El sábado los empleados se iban al mediodía y él podía aprovechar la tarde para leer con la luz del sol que entraba por los ventanales. Los años le regalaron momentos de presbicia y aun le quedaban los libros más maravillosos para leer. El domingo terminaba la lectura del día anterior y por la tarde descuidaba sus deberes y se entregaba a la tristeza. Los libros se agrupaban enormes para hacerlo padecer de una especie de añoranza presente. Tener ojos y libros no era una fórmula inexorable y exitosa. Al principio culpó a la luz, a las nubes y a la misma imprenta. Confundía la letra a con la o y según el tipo de imprenta, la d y la p se prestaban a confusión. El esfuerzo iba de la mano con la lentitud y maldijo la merma en la cantidad de libros que podía leer durante el fin de semana. Aun restaban los estantes del cuarto piso, y los incunables del segundo. Desestimó releer los clásicos de la sala principal y rechazó la hemeroteca para evitar un mayor desgaste visual.

Ya no recordaba el momento en que comenzó su pasión por la lectura, (la niñez se retrasa en recovecos ilusorios), pero la decisión de leer todos los libros de la biblioteca encontró una fecha precisa, obedeciendo a ciertos cálculos astrológicos que descubrió en la vieja enciclopedia Urantia. Según los sacerdotes de la tribu Het, el límite preciso entre la ignorancia y la sabiduría coincide con la mayor cantidad de letras acumuladas en un periodo de tiempo determinado por la distancia entre el hogar y la biblioteca, teniendo en cuenta una constante arbitraria que surge de multiplicar el número de estrellas por la cantidad de pétalos de tulipanes que florecen antes de la primavera en el jardín del palacio del emperador Sho Ming. Nunca pudo verificar semejante constante y como no podía modificar el resto de las variables, decidió actuar sobre la única posible. Redujo a casi cero la distancia entre su casa y la biblioteca. Se instaló en el hueco y supo que podría lograr su cometido.

Nunca tuvo en cuenta que los años le borrarían letras a su diccionario. Tendría que apurarse porque el tiempo corría y deseaba alcanzar la sabiduría en una edad en la que pudiera disfrutarla. Después de todo, no faltaban tantos estantes y con esfuerzo y claridad, las letras todavía podían distinguirse. Los anteojos no eran una opción ya que no podía aparecer por su barrio en busca de un oculista porque muchos años atrás aprovechó el derrumbe de la calle Jean Jaures para desaparecer por completo sin dejar rastros. Fue perdiendo la esperanza de encontrar un par de anteojos entre los artículos olvidados por los lectores. Era invierno y las horas de luz eran escasas como para perder minutos en búsquedas inútiles.

Cuando encaró la lectura de una edición manuscrita de una biografía caballeresca, en castellano antiguo anterior al Quijote, ya la letra c había desaparecido por completo. No parecía demasiado interesante pero prosiguió leyendo, ignorando la ausencia o reemplazándola por la s o la z, a lo que fue acostumbrándose de inmediato. Nunca dejó un libro a medio leer. Era una costumbre aprendida desde que era un niño. Los autores gastaron horas de su vida para escribir algo que la gente debe apreciar con toda meticulosidad. No era un libro muy voluminoso pero cada vez le era más difícil encontrar los reemplazos apropiados. La desaparición de letra h tampoco se hizo notar demasiado gracias a esta indiferencia del castellano actual. Las vocales fueron un escollo terrible.

La lectura de las tres traducciones del Ulises le llevó mucho más tiempo del previsto. Era verano y el director de la Biblioteca había decidido extender el horario de atención. La permanencia en su hueco era casi intolerable y rezaba a todos los dioses antiguos, por orden alfabético, y agrupados en civilizaciones cronológicamente exactas. Dormía muy poco y decidió ignorar los músculos que le dolían, atendiendo a la falta de letras para nombrarlos. Sus ojos habían perdido la capacidad de distinguir la z, la n (que se confundía con la k), la m (que se desdibujaba como un signo parecido al del infinito). La j, la i y la l eran ausencias imponentes que apenas se mostraban cuando alguna perpendicular las transformaba en t.

Los años siguientes los pasó leyendo y releendo una edición en letra grande de un viejo cuento infantil del que solo distinguía las mayúsculas y alguna que otra letra capital. Todavía le quedaban muchas letras por leer pero los libros le robaban los ojos y le regalaban una caricia con olor a polvo, que muy pronto llegó a exasperarlo.

Salió de su escondite una mañana de abril (había dejado de pensar en los años). Atravesó el salón principal de lectura y saludó al bibliotecario levantando su mano derecha. Entró al baño para lavarse la cara y se despidió de la biblioteca acariciando los estantes por última vez. La calle le devolvió la añoranza de la brisa. Caminó por Las Heras tratando de no arrastrar tanto los pies. Un perro siberiano lo siguió un par de cuadras gruñendo y olfateando su ropa. Al llegar a Callao recordó su antigua librería y quiso saludar al dueño. Cruzó la calle evitando el recuerdo de los viejos adoquines. La librería se transformó ahora en un bar sombrío atendido por unas jóvenes regordetas y educadas. Entró intentando encontrar el costado de las ofertas y la mesa de las novedades. Tampoco cruzó la mirada de su amigo desde el fondo, ni el enorme gato que dormitaba siempre sobre las novelas policiales. La camarera se acercó sonriendo, pero nada le devolvía el tiempo. El olor a café lo despidió apurado rumbo al bajo. De nada servían los rostros de la gente, ni la sombra de los caminantes. Tampoco quiso echar de menos los quioscos de diarios ni los carteles ausentes de las calles sin nombres. Giró por Paseo Colón (o quién sabe alguna otra), sabiendo que llegando a Retiro no tardaría en aprender el nuevo lenguaje de una ciudad que había perdido las letras.